

hoy no encontramos grandes proyectos, ni optimismo. No hay ningún gran experimento de cambio social positivo basado en la confianza en nuestro progreso, como parte de la gran evolución de la humanidad hacia un estado superior en lo material y en lo moral. En su lugar, existe algo más “sencillo, y sin ninguna seguridad en lo correcto de su diseño”: Tratado de Libre Comercio de América del Norte, capitalismo global, privatización, mejoramiento del sistema de justicia, y “Estados Unidos dictando casi todo y que casi no escucha nada”. El gran elemento utópico, que estuvo presente en las generaciones de la Reforma y la Revolución, hoy está ausente. Ése es el signo más evidente de nuestra actual modernidad.

No obstante, si bien el análisis objetivo del curso de nuestra historia hace desembocar en estas frías conclusiones, la apuesta moral de Meyer es optimista. No pierde las esperanzas de que por fin, libres de las ideologías que nos cegaban en el pasado y nos impedían utilizar la crítica y decidir con responsabilidad la dirección del cambio social, hoy podamos establecer los pilares de una democracia robusta con mayor igualdad social. Para ello es fundamental el establecimiento de pactos entre la clase política y, sobre todo, recuperar la autoestima colectiva y personal. Ello permitirá que se siga impulsando la marcha democrática del país. Sin embargo, para esa tarea también es necesario mirar con claridad la realidad, una empresa nada fácil, a la que este libro contribuye sobremanera con un lenguaje accesible y ameno. Emile Durkheim afirma que las épocas de intenso desorden social suelen ir aparejadas de desórdenes mentales y enormes confusiones en el terreno de las ideas. Una forma de impulsar el cambio es con libros como éste, en el cual se repara con perspicacia en el modo en que la política puede y debe constituirse en una palanca central del cambio social en la búsqueda de mejores oportunidades de vida para los mexicanos: el afianzamiento de la democracia es ese camino, y Meyer lo ha visto con agudeza.

ENRIQUE GUERRA MANZO¹

Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler, *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2004, 311 pp.

Una de las piezas centrales de la estabilidad y legitimidad del régimen autoritario de partido hegemónico que gobernó a México por décadas fue la

¹ El más reciente trabajo del autor de esta reseña es “Los pueblos indígenas en el último tramo del siglo XX: entre la comunidad corporativa y el pluralismo”, en Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg (eds.), *Una historia contemporánea de México, 1968-2000*, vol. 2, México, Océano, 2005.

celebración de elecciones regulares y campañas electorales. Esta obra aclara la función de las últimas como herramienta de control social y unificación de la élite política en momentos sucesorios en los que la estabilidad de aquel régimen era frágil y dependía de la disciplina y el manejo hábil de la clase política, capaz de comunicarse por medio de símbolos. Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler muestran en *Simbolismo y ritual en la política mexicana* que, en un ámbito político no competitivo, la celebración de grandes campañas electorales cada seis años no era sólo un esfuerzo del régimen por aparentar que México era una democracia. Muy al contrario, la hipótesis que postulan los autores es que la campaña electoral tenía un valor simbólico muy importante para la estabilidad del sistema, como área donde se expresaba y reproducía una cultura política nacional y un orden de dominación, pero también como espacio donde se resolvían tensiones entre el cambio y la continuidad en la orientación de los gobiernos y se trasladaba paulatinamente el poder presidencial –cuando este poder era en efecto el más grande del sistema político– de un individuo a otro, con los recursos necesarios para incorporar a la población a la estructura clientelar del sistema.

La primera parte del libro, descriptiva y explicativa, une convincentemente en una sola explicación muchos hallazgos de académicos que han estudiado a conciencia los distintos componentes del sistema político mexicano mientras gobernó solo el PRI, desde la definición del régimen hasta la propuesta de una definición simbólico-lingüística de la cultura política. Los autores se detienen a detallar la relación del presidente con el partido hegemónico, basada en un pacto informal que tenía como sustento dos reglas –la rotación periódica de cuadros en el gobierno garantizada por la no reelección presidencial y el arbitraje supremo del presidente en turno en cuanto al sucesor- y que dependía de tres condiciones –la certeza de triunfo del PRI, el control del presidente sobre el futuro político de los priistas y la circulación de las redes políticas en el poder. También explican por qué, dadas la existencia de instituciones representativas formales y la ausencia de la democracia en la política real (es decir en un ambiente de gran incertidumbre), era fundamental reconocer e interpretar ciertos rituales políticos para entender el comportamiento de la clase política. La campaña presidencial, en particular, era uno de esos rituales y permitía expresar un pluralismo limitado dentro del partido hegemónico y vincular los estados con el centro; es decir que permitía reconstruir la unidad nacional.

Los autores describen y explican a lo largo del libro todos los componentes de la campaña del PRI: desde su marco ideológico desarrollado, consensuado y legitimado mediante el arduo y largo sistema de consultas del IEPES, hasta todo tipo de actos de apoyo partidista –diálogos con los sec-

tores y frentes nacionales del partido; diálogos televisivos y radiofónicos, verbenas populares y actos proselitistas con jóvenes, mujeres, indígenas, obreros, campesinos y maestros (actos todos que, con excepción de aquellos realizados con intelectuales, eran generalmente espectáculos bien orquestados). Según los autores, la participación de la población en estas actividades no era totalmente libre, pero tampoco estaba motivada por la represión; obedecía más bien a obligaciones morales generadas por relaciones clientelares que estaban en juego en cada ciclo ritual de sucesión, de modo que su objetivo era expresar la importancia del apoyo de todos los grupos al gran patrón.

En la parte medular de la obra, Adler-Lomnitz, Salazar y Adler estudian detalladamente la campaña de Carlos Salinas de Gortari partiendo de una perspectiva etnográfica, desde el destape hasta las elecciones y señalando oportunamente las particularidades de la sucesión de 1987-1988, evidentemente concatenadas: 1) la llegada, desde el sexenio de De la Madrid, de los tecnócratas al poder que generó preocupaciones sobre la posibilidad de que la sucesión presidencial violentara la regla de la movilidad de las élites mermando especialmente las posibilidades de los "políticos tradicionales"; 2) las demandas de la Corriente Democrática dentro del PRI de restaurar el ideario de la Revolución e implantar la participación directa de las bases en la selección de candidatos; y 3) las presiones por la democratización del proceso de selección del candidato que condujeron a la variación de anunciar una lista de "seis distinguidos priistas" con posibilidades de acceder a la candidatura, antes del destape. Sin embargo, restando importancia a esas particularidades (llamándolas "ajustes"), los autores afirman que la campaña se desarrolló de acuerdo con las normas básicas de la sucesión que centralizaban el poder en el presidente y obligaban al candidato a celebrar alianzas simbólicas con todos los grupos para crear el ambiente de incertidumbre necesario para mantener la disciplina del partido al presidente y luego al candidato durante la transición de poder.

A lo largo de las páginas, los autores hacen una ejemplar explicación de cómo las normas de lealtad favorecieron la estabilidad del régimen, junto con el compromiso de renovación del presidente con todos los cargos administrativos más importantes cada seis años. Explican cómo las relaciones clientelares que articulaban el régimen desde la base hasta la cima (esto es, la presidencia) se sustentaban en la flexibilidad y confiabilidad que genera el trato personal, por encima de lo legal. Muestran cómo los rituales y los símbolos tomaban el lugar del contenido que faltaba en los procedimientos e instituciones del régimen "formal", ofreciendo representación "simbólica" en lugar de representación política.

Según Adler-Lomnitz, Salazar y Adler, la de 1988 fue la última campaña que reprodujo los patrones culturales construidos durante decenios a la vez que reveló que dichos patrones ya no se ajustaban a la realidad social. Ahora bien, la tensión entre lo que era costumbre y lo que era novedad en la sucesión de 1988 no se resuelve definitivamente a lo largo del libro, de manera que, aunque la cobertura de la campaña es exhaustiva, los lectores podrían quedar desorientados con respecto al grado en que aquella campaña fue “normal” o “especial”. Esta tensión vuelve en el epílogo, donde los autores relatan los cambios a los que sometió Salinas al sistema y al PRI al cambiar de ideología y atacar los intereses que eran la base del pacto entre la presidencia y el partido. Quizá dicha tensión entre costumbre y novedad no podría resolverse en el libro porque era parte de la realidad que observaban los autores; en 1988 la transición desde el régimen autoritario estaba en marcha, pero era paulatina. Así, por ejemplo, aunque Salinas y Zedillo modificarían las relaciones de la presidencia con el PRI y de éste dentro del sistema de manera fundamental, todavía se apoyaron para lograrlo en sus facultades presidenciales informales y en la disciplina del partido.

Para dar a esta obra su peso justo, hay que decir que reconstruir el significado simbólico y la función política que tuvieron las campañas en el régimen que imperó en México por varias décadas no es una empresa sencilla y que en *Simbolismo y ritual...* esto se lleva a cabo ejemplarmente. Respecto de métodos, quizá este libro no ofrezca nada de la sencillez y elegancia tan valoradas por los modelos actuales imperantes en la ciencia política estadounidense; pero a cambio proporciona lo que aquellos modelos casi nunca están en posibilidad de hacer: partiendo de una perspectiva de antropología política, esta obra ofrece un recuento completo que alienta al lector a formular preguntas e hipótesis sobre los muchos temas que se vinculan cuidadosamente a lo largo de las páginas. En cuanto al resultado, el mayor mérito de este libro quizá sea descifrar la cultura política mexicana clientelar, la misma que de manera poco responsable han invocado una y otra vez todo tipo de académicos dentro de las ciencias sociales como causa residual que debe explicar lo que sus hipótesis no alcanzan a hacerlo —;para no hablar de la cantidad de veces que la han invocado y aún invocan políticos y funcionarios públicos como obstáculo para el éxito de sus esfuerzos! Adler-Lomnitz, Salazar y Adler muestran punto por punto, con la ilustración de una etnografía ejemplar, cómo se expresaba, confirmaba y reproducía esa cultura política clientelar por medio de símbolos, rituales y procedimientos, y cómo la hegemonía priista y aquella cultura política vertical se reforzaban mutuamente creando prácticas, vínculos y valores que hacían predecible las relaciones del grupo en el poder.

Para quienes hayan leído el artículo de Alan Knight "México bronco, México manso: una reflexión sobre la cultura cívica mexicana", de 1995, que analiza esta última a partir de la ambivalencia de un régimen civil, en un ámbito, y violento, en el otro, este libro es un paralelo que explica toda la cultura política mexicana a partir de la estructura clientelar del régimen. Leídos conjuntamente, estos trabajos ofrecerían una exposición sólida de la esquizofrenia que caracterizaba la cultura política de los mexicanos como la mostraron Almond y Verba en 1959: colmada de aspiraciones políticas, apegada a los símbolos del presidente y la Revolución, pero cínica, desconfiada y poco participativa.

El simbolismo, abordado de manera más bien intermitente a lo largo del libro, se estudia más en la conclusión, donde también se explica cómo la campaña de 1988 pretendió re-estabilizar el sistema. Finalmente, el epílogo discute los aspectos culturales del cambio en el sistema político en las siguientes elecciones y cabe decir que, sólo ahí, la ambición de tratar dos sexenios en 15 páginas –después de haber dedicado alrededor de 200 a 1988– rebasa la medida de los autores precisamente en el tema de fondo del libro: la cultura política. En los últimos párrafos los autores tratan este tema de manera más ligera que en el resto del libro, al hablar, por ejemplo, de una cultura política jerárquica que puede encontrarse en esferas impensables (mencionan los cacicazgos intelectuales, de los que por cierto no se dice nada antes o después) y que desde 1988 convive con la ideología individualista y democrática de un creciente electorado urbano, educado y de clase media. Para ellos es claro que los grupos susceptibles de sostener el sistema simbólico propio de las relaciones de patronazgo siguen siendo mayoría y que la cultura de ese sector de la población podría pervertir la incipiente democracia mexicana si la cultura política general no se modifica para adecuarse al cambio de las instituciones políticas. A partir de este rápido diagnóstico, en la última página los autores esbozan tres posibles escenarios para México en los que la cultura política es ora causa, ora efecto, para 1) impedir la estabilización de la democracia y producir una variante de autoritarismo clientelar, 2) cambiar los modelos jerárquicos y verticales por otros horizontales y democráticos, o 3) acomodarse entre ambos escenarios con el régimen competitivo de forma que, aunque se acabe el unipartidismo corporativo, los tres partidos importantes presenten estructuras piramidales, con relaciones jerárquicas clientelares.

El trabajo de Adler-Lomnitz, Salazar y Adler es atractivo por muchas razones. La más simple es que su etnografía ofrece un meticuloso recuento de la construcción de la imagen del presidente que llegaría a tener una de las peores famas como ex presidente. La más significativa es que constituye un testimonio integral sobre lo que fueron el PRI y el sistema político

mexicano hasta 1988, como punto de referencia para pensar lo que son actualmente. El resultado de la elección de 1988 dio al PRI la señal inequívoca de que su representación de la sociedad ya no era efectiva y que era tiempo de que empezara a ocuparse de aquello para lo que un partido realiza una campaña electoral en un ámbito competitivo: conseguir votos. Pero aunque la relación entre el presidente y el PRI cambió radicalmente en los dos sexenios siguientes, así como cambió la naturaleza de las elecciones y de las autoridades electorales, el PRI evadió una reforma sustancial (como lo ha mostrado Rogelio Hernández). Hacia el 2000, los candados impuestos por Zedillo y la pérdida de disciplina del PRI tuvieron efectos importantes y se abrió la candidatura a la competencia interna en el partido, lo que acabó de desquiciar sus procedimientos de sucesión tradicionales. Esta obra nos habla de un tiempo en que las campañas del PRI estaban orientadas hacia arriba y hacia adentro del mismo, y en que los mítines no eran una cuestión de apoyo electoral sino de negociación de posiciones entre los líderes de clientelas con sus patrones. El PRI era más una maquinaria de control social que un partido que buscara apoyo electoral, lo que es relevante para entender tanto su fuerza como sus principales dificultades en el ámbito competitivo actual. Finalmente, la alternancia en la presidencia en el 2000 reveló el grado en que la cohesión del PRI era una función del liderazgo presidencial. Actualmente, en la campaña de junio de 2006 el partido aún intenta mostrar su fuerza nacional con manifestaciones de apoyo masivo –“flexionar sus músculos”, como se dice en la jerga política–, pero se le nota una artritis severa.

Symbolismo y ritual... nos sugiere que muchos de los malestares en nuestra actual democracia –sin duda muy susceptible de adjetivarse– provienen de costumbres arraigadas en nuestra cultura política que han sufrido cambios apenas muy recientemente. Respecto de la figura presidencial, por ejemplo, el recuento que hace la obra de los tiempos en que el presidente era casi un emperador intocable, resulta lejano porque en los últimos dos sexenios los presidentes han sido criticados, ridiculizados y a veces ignorados por sus partidos; en lugar de verse como supremos patrones, se les ha visto como a cualquier ser humano –quizá demasiado humanos– y se les ha percibido entonces como figuras “débiles”. Por otro lado, todavía se oyen ecos de la autoridad y el respeto que revestía la figura presidencial para la sociedad mexicana cuando ésta repudía los ataques gratuitos al presidente, o lo califica mejor que como se deduciría solamente a partir del retrato que hacen los medios. Además, esta obra ayuda a entender el arraigo del paternalismo en México, luego de décadas en que las campañas del PRI invitaron a la población a hacer cualquier tipo de peticiones al candidato –quien sería sin duda el futuro presidente, el máximo

patrón. Igualmente se entiende mejor por qué es tan difícil desterrar las prácticas de compra y coacción del voto, cuya propensión se atribuye tradicionalmente a la pobreza de los electores, pero debiera entenderse también como cuestión de costumbre.

Por todo esto y más, no es aventurado decir que *Simbolismo y ritual...* aporta un retrato y una explicación completa y convincente del sistema político mexicano como funcionaba en 1988 –especialmente de la cultura política que lo sostenía–, para todo científico social interesado en el cambio político que ha vivido México en los últimos 20 años. Este libro será referencia obligada para entender por qué las elecciones han sido siempre tan importantes en México, desde mucho tiempo antes de que fueran limpias, competitivas y equitativas; para contrastar cómo ha cambiado (o no) la manera de hacer campañas electorales; para contrastar la función de los medios de comunicación en las campañas electorales antes y después de la apertura a la competitividad, etc. En conclusión, este libro es un parámetro para medir la brecha que se abre en México entre la incertidumbre del régimen autoritario y clientelar, cuyos cimientos fueron la lealtad y arbitrariedad, y la incertidumbre democrática, cuyos cimientos deben ser la competencia política, la responsabilidad y el respeto a la ley; es decir para distinguir mejor nuestros símbolos y rituales autoritarios de los democráticos.

LUICY PEDROZA ESPINOZA

Arjun Appadurai, *Fear of Small Numbers. An Essay on the Geography of Anger*, Durham, Duke University Press, 2006, 153 pp.

Todos entendemos cuando se habla de la globalización, pero es difícil decir en qué consiste. Se ha publicado mucho sobre el tema, nada del todo convincente. Es un fenómeno de integración económica (Stiglitz), una nueva vinculación de los centros urbanos (Sassen), es una nueva forma de las relaciones políticas, financieras, nuevas corrientes migratorias y medios de comunicación (Hardt y Negri, Cooper, Bayart). Seguramente la dificultad para definirla consiste en que no es un proceso único sino el efecto combinado de una serie de tendencias: cuando se habla de globalización se trata de definir algo así como el “espíritu del tiempo”, en el que se mezclan muchas cosas.

Tiene razón Jean-Francois Bayart, hay un tiempo largo de la globalización: instituciones, ideas, prácticas y valores establecidos desde hace por lo menos doscientos años; hay un tiempo corto que es básicamente de acele-